

NEW LEFT REVIEW 127

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2021

EDITORIAL

EQUIPO EDITORIAL DE LA NLR Sobre *Sidecar* 7

ARTÍCULOS

DYLAN RILEY El limbo del confinamiento 11

CIGAN TUĞAL Turquía en sus encrucijadas 27

ALEXANDER ZEVIN ¿Un Proudhon para posmodernos? 61

CLAIRE DEBUCQUOIS Manos manchadas de sangre 87

NANCY FRASER Los climas del capital 101

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Metáforas en funcionamiento 139

OLIVER EAGLETON Después de Corbyn 148

JACOB COLLINS Colisión de partículas 161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



CLAIRE DEBUCQUOIS

MANOS MANCHADAS DE SANGRE

Cobre, estaño, pintura, poemas, plantas

EL REY APARECIÓ de madrugada con las manos rojas y lágrimas que parecían abrasarle los ojos le caían por las mejillas y la barba. Los flancos del caballo tenían pintadas en amarillo las palabras «racismo» y «BLM», y en el pecho del rey resplandecía un «perdón» pintado en blanco. En Bruselas, los manifestantes de Black Lives Matter se habían reunido junto a la estatua de Leopoldo II, en la Place du Trône, exigiendo que por fin sea retirada.

En *Handsworth Songs*, el ensayo cinematográfico, realizado por John Akomfrah en 1986 sobre manifestaciones similares convocadas en Birmingham, se pronuncia una línea como suspendida en el tiempo: «En los disturbios no hay historias, solo los fantasmas de otras historias». El pasado junio, los manifestantes volvieron a convocar los fantasmas de otras historias no contadas, pronunciando sus nombres, devolviendo la visibilidad a sus presencias espectrales. Podemos representar estos fantasmas como un coro de Esquilo, entonando los versos de Adrienne Rich en «What Kind of Times Are These»:

este no es otro lugar, sino el aquí,
nuestro país se acerca a la verdad y al espanto propios,
a sus propias maneras de hacer desaparecer a la gente¹.

¹ Adrienne Rich, «What Kind of Times Are These», en *Dark Fields of the Republic: Poems 1991-1995*, Nueva York, 1995. El poema responde a los primeros versos de Bertolt Brecht escritos en 1938 «An die Nachgeborenen»: «Was sind das für Zeiten, wo / Ein Gespräch über Bäume fast ein Verbrechen ist / Weil es ein Schweigen über so viele Untaten einschließt!» (¿Qué clase de tiempos son estos, en los que / hablar de árboles es delito / porque supone silenciar tantas atrocidades?). A lo largo de este artículo se incluyen versos de Rich para apoyar la exploración de la política del lugar.

En todas partes nos apelan a reconocer los fantasmas de nuestra historia y a lidiar con nuestras maneras específicas de hacerlos desaparecer. En Bélgica, el debate ha estallado al cumplirse sesenta años desde que la República Democrática del Congo se independizó del dominio colonial, imbuyendo de un significado particular a las manos de Leopoldo teñidas de rojo.

Las manifestaciones han recibido distintas respuestas. Algunos se oponían a la retirada de estatuas sin un debate público. Muchos sostenían que equivaldría a borrar la historia.

¿Y cómo aprendemos la historia, en todo caso? La imponente presencia física de la estatua no le otorga fuerza pedagógica. La enseñanza exige curiosidad, generosidad y una exploración abierta. Un monumento dicta, se jacta e impone. En *Art and Revolution*, John Berger sostenía que una cultura sesgada hacia lo privado y lo atomizado nos induce a subestimar la naturaleza social de la escultura. «Estructura estática y tridimensional que llena o encierra el espacio, [una estatua] parece totalmente opuesta al espacio que la rodea». La presencia inmóvil de la figura monumental se traduce en una afirmación implícita de continuidad: «se resistirá al tiempo de igual modo que se resiste al espacio». Una estatua es una estructura puramente metafórica, continuaba Berger, cuya única función es «usar el espacio de manera tal que le confiera significado». Un monumento perdura, por lo tanto, durante tanto tiempo como la cultura reconozca este significado. Es el cambio social, no el mero paso del tiempo, el que hace caer las estatuas. El derribo de estas es un reconocimiento de que las presuposiciones pasadas ya no se sostienen y que es necesario asumir un nuevo compromiso, que cristalice los valores presentes que la sociedad asigna a su futuro.

Las preocupaciones por la eliminación de la historia no deberían menospreciarse. La estatua de Leopoldo II podría, por el contrario, servir —en su localización y con sus características materiales— de punto de partida para efectuar una investigación histórica de las prácticas y las instituciones del pasado colonial, mientras que la persistencia misma de los monumentos imperiales en Bruselas sugiere hilos de continuidad con el presente, que facilitan formas de protesta futuras.

El Congo de Leopoldo

Montado en un caballo que inclina su cabeza, Leopoldo II observa el espacio que tiene ante sí. El monumento proyecta la imagen de un héroe clarividente, un relato que se elaboró y cultivó tras su reinado. El segundo rey de Bélgica, cuenta ese relato, proporcionó visión y ambición a su pequeño y joven país.

Tras las guerras napoleónicas, estas provincias en gran parte católicas fueron asignadas al rey protestante holandés, Guillermo I, príncipe de Orange-Nassau, pero en 1830 se rebelaron y consiguieron el respaldo británico a su independencia al precio de aceptar como su monarca la elección por parte de lord Palmerston de un descendiente de los Sajonia-Coburgo, Leopoldo I. Durante el reinado de este, la temprana revolución industrial de Bélgica generó altos beneficios a la Société Générale, el banco nacional del país, del que el rey era un gran accionista². En la década de 1840, las empresas belgas habían desarrollado una capacidad significativa en los sectores de la minería de carbón, la metalurgia, los textiles y los ferrocarriles, los cuales buscaban salidas en el exterior.

Leopoldo II, que sucedió a su padre en 1865, se dispuso a construir un imperio que situase a Bélgica en pie de igualdad con sus vecinos. Tan calculador como emprendedor, Leopoldo disfrazó sus proyectos de empresas científicas y humanitarias, operando a través de una serie de organismos internacionales creados con ayuda del general Albert Thys. En 1876, invitó a una pléyade de científicos y filántropos procedentes de toda Europa y de Estados Unidos a un congreso geográfico celebrado en Bruselas, cuyo objetivo era ampliar la «exploración y la civilización» del corazón del continente africano. En la era del imperio, la cuenca del Congo había conservado su independencia gracias en parte al denso

² Société Générale, fundada como banco de inversión por Guillermo I, desempeñó un papel fundamental en la economía belga. Tras su fusión en 1928 con el Banque d'Outremer, Société Générale controlaba en torno al 70 por 100 de la economía del Congo Belga. En 1934, cuando por ley se exigió la escisión de los bancos mixtos tras la Gran Depresión de 1929, Société Générale transfirió sus actividades bancarias a una nueva filial, la Banque de la Société Générale de Belgique, después Générale de Banque, que posteriormente se convertiría en Fortis y que en la actualidad forma parte de BNP Paribas. Société Générale siguió siendo un poderoso conglomerado industrial y financiero, activo en una amplia gama de sectores, como el carbón, el acero, las industrias químicas y el transporte. En 1998, tras un culebrón corporativo que duró una década, Société Générale fue comprada por la francesa Suez-Lyonnaise des Eaux, ahora ENGIE.

terreno selvático y a una feroz resistencia local. En Londres predominaba la opinión de que la región no merecía el gasto de la colonización directa, y así la penetración británica se limitaba a puestos comerciales, personal consular, misiones religiosas y periodistas exploradores como H. M. Stanley, que publicaba relatos sensacionalistas sobre las atrocidades de la selva en la prensa ilustrada.

En 1879 Leopoldo creó la Association Internationale du Congo (AIC) y contrató a Stanley y a otros exploradores para que peinaran la región y convenciesen a los jefes de las aldeas de que firmasen «tratados de telas y baratijas» sellados con regalos de saldo mediante los que cedieran sus territorios a la AIC. Leopoldo buscó, mientras tanto, respaldo diplomático en Washington, Londres, Berlín y París para su proyecto: reunir estos territorios de la AIC en un nuevo Estado, que pretendía gobernar él mismo. En la Conferencia de Berlín de 1884-1885 obtuvo el reconocimiento internacional de la AIC, a la que después cambió el nombre por el de Estado Libre del Congo, prometiendo a cambio el libre acceso de las actividades comerciales a este nuevo dominio de enorme tamaño, que totalizaba casi 2,6 millones de kilómetros cuadrados. La Conferencia, convocada por Bismarck para formalizar el reparto de África mediante la garantía de la extracción y la comercialización sin control de sus recursos, prometió llevar «las bondades de la civilización a las tribus nativas» y ayudar a suprimir el comercio de esclavos³.

La estatua de Leopoldo en la Place du Trône es espacialmente especular a la de Godofredo de Bouillon, el cruzado armado del siglo XI, que erigida en 1848 se sitúa al otro lado del Palacio Real. La simetría fue intencionada: los comerciantes de esclavos zanzibariés en el siglo XIX eran musulmanes árabes y los europeos cristianos pondrían fin a su barbarie. Teñido de religión, el argumento contra la esclavitud blandido para justificar el colonialismo estaba cubierto de trasfondos racistas. Leopoldo fue celebrado como un filántropo visionario que erradicaría el comercio de esclavos y proporcionaría progreso material y redención espiritual a los congoleños. Lo que hizo, de hecho, fue emplear a los zanzibariés para cubrir las filas de la Force Publique, su notoria fuerza militar comandada por belgas.

³La ocupación militar de la costa suajili a finales de la década de 1880 por la Alemania imperial, que aplastó la resistencia local a las operaciones de la Compañía Alemana de África Oriental, se emprendió supuestamente para abolir la esclavitud en la región. En la actual era de globalización, se despliegan a menudo pretextos filantrópicos similares para ocultar la realidad de los comportamientos habituales.

Al oeste de la Place du Trône y al sur del Palacio Real, el triángulo de calles que rodea la Rue Bréderode se convirtió en centro de un denso laberinto de bancos y sociedades de cartera que amasaron fortunas enormes, desde la época leopoldina y durante todo el dominio colonial, supervisados por una densa red de consejeros que dirigían múltiples consejos de administración. Leopoldo construyó una ingeniosa red de fideicomisos y donaciones para aumentar su fortuna privada y fortalecer su poder ejecutivo, protegido de la supervisión parlamentaria, mientras se extendía la agitación popular a favor de la reforma democrática⁴. Conservó el monopolio de la explotación de marfil y caucho en el Estado Libre del Congo, efectuando concesiones a empresas privadas –como la Anversoise y la Anglo-Belgian India Rubber Company, ABIR– de las que también poseía acciones. En la década de 1890 se intensificó la explotación del caucho, a medida que el crecimiento de la industria automovilística aumentaba la demanda de este. Las elevadas cuotas de producción estaban vigiladas por la Force Publique, que aterrorizaba a la población con violaciones masivas, mutilaciones –notablemente la infame amputación de manos– y ejecuciones sumarias.

En Bruselas, los grandes proyectos urbanos del «rey constructor» incluyeron la ampliación del Palacio Real y la construcción de la Arquería del Cincuentenario para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la creación del país. Las avenidas amplias y arboladas de la ciudad dan una idea de las fortunas inmensas acumuladas sobre la riqueza extraída del Congo. Tras estas fachadas elegantes yacen los espectros de la explotación colonial: familias destruidas en medio de los árboles del caucho y elefantes matados por sus colmillos. Quizá la más original de las mansiones Art Nouveau de Victor Horta fuese la diseñada para Edmond van Eetveld, el plenipotenciario de Leopoldo en el Congo.

En el pedestal de la estatua de la Place du Trône están grabadas las siguientes palabras:

LEOPOLDO II
REGI BELGARUM
1865-1909
PATRIA MEMOR

⁴ La Banque Lambert, que ejercía de banco privado de Leopoldo, se fusionó en 1975 con la Banque de Bruxelles para formar BBL, que en 1998 se convirtió en la filial belga de la multinacional holandesa ING Group. Desde su sede social, situada en la Avenue Marnix, se contempla la estatua del rey de la Place du Trône.

La misma expresión latina abreviada —«La patria recuerda»— se grababa en los monumentos y en las medallas que honraban a los combatientes de la guerra de 1914-1918. La estatua fue inaugurada en 1926 por el sucesor de Leopoldo, Alberto I, junto con varios monumentos erigidos en el periodo de entreguerras para rehabilitar al soberano. La oposición creciente a las políticas de Leopoldo en el Congo —las empresas belgas furiosas por haber quedado marginadas debido al monopolio de la Corona, la impaciencia británica ante las restricciones comerciales, la indignación humanitaria ante las noticias de las atrocidades publicadas por E. D. Morel y Roger Casement— le obligaron a renunciar a su finca privada. En 1908, el Congo se convirtió en colonia belga⁵. El mito era que el dominio belga pasaba una página impoluta; con la prensa actuando en gran medida de portavoz del gobierno, se describió como «colonización buena». La idea autocomplaciente se materializó en el monumento al general Thys, situado en la entrada del Parc du Cinquantenaire. La estatua, «El genio belga guiando al Congo», retrata a una diosa clásica indicando el camino a una africana con los senos al descubierto, que porta un cuerno de la abundancia rebosante y mira a su guía belga con una devoción cuasi religiosa.

Una placa pequeña en el pedestal de Leopoldo observa: «El cobre y el latón de esta estatua proceden del Congo Belga. Fueron donados por la Union Minière du Haut-Katanga». La UMHK era una empresa conjunta establecida por Société Générale, la empresa paraestatal Comité Spécial du Katanga y la británica Tanganyika Concessions Limited para explotar los yacimientos de mineral de cobre en Katanga, territorio suroriental del Congo. La minería —cobre, zinc, radio, manganeso— constituía el núcleo de la economía colonial y alcanzó una importancia especial durante la Segunda Guerra Mundial. «Little Boy», la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima, estaba llena de uranio obtenido en Shinkolobwe, Katanga; más de mil toneladas de este mineral excepcionalmente puro estuvieron almacenadas en Staten Island para el Proyecto Manhattan. Hoy, los minerales continúan provocando conflictos en Kivu en torno a las minas de cobalto y coltán en las que trabajan por igual adultos y niños, en condiciones misérrimas, para proporcionar materias primas para los teléfonos móviles y los coches eléctricos.

⁵ Tras el fatídico Tratado de Versalles, Bélgica expandió su imperio africano en 1922 mediante un mandato de la Liga de Naciones para gobernar parte de los antiguos territorios alemanes (el África Oriental Alemana) en la región de los Grandes Lagos, en la actualidad Ruanda y Burundi.

Las empresas que operaban junto a la UMHK eran Forminière, con un bloque sustancial de accionistas estadounidenses, que explotaba madera y minas de diamantes, oro y plata, y la Lower Congo and Katanga Railway (BCK), que conectaba las áreas mineras con Leopoldville⁶. En una clásica apropiación colonial de tierras, las empresas ferroviarias recibieron franjas de terreno «vacías» –*terres vacantes*– junto con los derechos para explotar los minerales subterráneos. Entre 1909 y 1931 se construyeron más de 3.000 kilómetros de vías y allí donde llegaban los ferrocarriles, los seguían las industrias extractivas, sustituyendo la selva por minas y plantaciones: cobre, estaño, algodón, palma aceitera y cacao. En 1911, el gobierno belga efectuó una concesión de un millón de hectáreas al industrial inglés William Lever. Las «Huileries du Congo Belge» de Lever privaron a los aldeanos de sus tierras tradicionales y usaron su trabajo forzado, bajo el dominio férreo de la Force Publique, para extraer aceite de palma para su jabón Sunlight, acumulando los beneficios que permitirían crear el gigante multinacional Unilever⁷.

En una obstinada revitalización contemporánea del paraíso fiscal de Leopoldo, a diario se exportan cargamentos de madera y minerales de la selva tropical de Ituri. El imperialismo climático multiplica el inminente desastre ecológico. Donde en otro tiempo crecían los árboles del caucho, la selva sigue desapareciendo, lo cual afecta principalmente a la

⁶ Estas tres empresas fueron creadas por Leopoldo en 1906 a través de Société Générale. Su capital perduró tras ellas de diversas formas mediante fusiones, adquisiciones y ventas de activos. Forminière fue disuelta en 1966, pero sacó a bolsa su filial Interfor, más tarde Indufor, para realizar actividades fuera del Congo. En 1968, parte de los activos de la UMHK fueron absorbidos por Société Générale, que la convirtió en Union Minière, ahora Umicore. En mayo de 2019, Umicore firmó un acuerdo de larga duración con Anglo-Swiss Glencore, comprometiéndose a suministrarle hidróxido de cobalto de sus minas en Katanga, el cual sirve de material para las baterías de la industria automovilística.

⁷ Los descendientes de los campesinos desplazados por Lever hace cien años siguen luchando por el derecho a trabajar sus tierras. De acuerdo con algunas informaciones, la agroempresa Feronia compró 100.000 hectáreas en 2009 tras recibir préstamos de los bancos de desarrollo occidentales por valor de 100 millones de dólares para efectuar inversiones socialmente responsables gracias a la promesa de revitalizar la región. Lo que ocurrió, sin embargo, fue que los campesinos que protestaban por los vertidos tóxicos de la empresa en sus tierras y por el incumplimiento de los compromisos de poner en marcha los modestos proyectos prometidos fueron detenidos sin acusación alguna y encarcelados en Kisangani, a 300 kilómetros de sus tierras. Después de cinco meses de cárcel, solo se les permitió regresar si retiraban todas las reclamaciones contra la empresa. World Rainforest Movement, «Action Alert! Immediate release of villagers in the DR Congo imprisoned on false charges related to a land conflict with Feronia Inc», 11 de febrero de 2020.

población local; y después, mediante un siniestro efecto mariposa, a las innumerables comunidades indígenas más amenazadas por el calentamiento global.

No te diré dónde está el lugar, la oscura red de los bosques
reunida en la franja de luz sin marcas:
cruces de caminos poblados de fantasmas, paraíso de las hojas mohosas:
ya sé quién quiere comprarlo, venderlo, hacerlo desaparecer.

En 1956, Patrice Lumumba, de viaje de estudios por Bélgica, visitó la estatua de Leopoldo en la place du Trône. Cuando regresó a Bruselas, dos años después, para la Expo 58, le molestó encontrar la humillante recreación de una aldea indígena en el pabellón congoleño. En diciembre de 1958, fue delegado en la Conferencia de los Pueblos Panafricanos celebrada en la recientemente independizada Ghana y quedó impactado por el llamamiento de Frantz Fanon a resistir a la opresión colonial. En enero de 1959 estallaron en el Congo protestas contra el dominio belga, obligando a las autoridades a acelerar los planes para la transición a un gobierno congoleño «moderado», cuyos hilos planeaban manejar. Inesperadamente, el Mouvement National Congolais de Lumumba se convirtió en el partido más votado en las elecciones amañadas que se celebraron en mayo de 1960.

El discurso pronunciado por Lumumba el 30 de junio de 1960, Día de la Independencia, saludó la lucha de «lágrimas, fuego y sangre» de los congoleños que «puso fin a la servidumbre humillante que nos impusieron»: el trabajo forzado, el hambre, la vestimenta y la vivienda inadecuadas, la injusticia y la humillación cotidianas. Rememorando a los perseguidos por los colonizadores debido a sus convicciones políticas, a los exiliados de sus tierras natales, a los asesinados o encarcelados, anunció el compromiso de su gobierno con un nuevo orden social y económico para que «las tierras de nuestro país natal beneficien verdaderamente a sus hijos». Bruselas se movió para conservar la excolonia⁸. Bajo la presión de la УМНК, el servicio exterior belga fomentó la secesión

⁸ Las autoridades belgas se habían asegurado el control económico mediante diversas medidas tomadas semanas antes de la independencia. El 17 de junio de 1960, se permitió a las empresas activas en el Congo registrarse bajo las leyes belgas, lo cual la УМНК hizo varios días después mediante el traslado de su sede social a Bruselas. El 27 de junio, el parlamento belga disolvió la empresa paraestatal Comité Spécial du Katanga, que tenía una participación mayoritaria en la УМНК. En un juego de trileros, las deudas en las que incurrió el régimen colonial fueron transferidas al nuevo Estado independiente y más tarde se convirtieron, bajo el gobierno de Mobutu, en la actual deuda impagable de la RDC.

de Katanga y Kasai y las tropas belgas tomaron los aeropuertos del país. Mientras Lumumba pedía ayuda, Naciones Unidas permaneció mano sobre mano⁹. El jefe de la CIA, Allen Dulles, telegrafió que la destitución de Lumumba era «de alta prioridad». El ministro belga de Asuntos Exteriores exigió su «eliminación definitiva». El 1 de diciembre de 1960 Lumumba fue apresado. El 17 de enero de 1961 lo trasladaron a Katanga y en una operación conjunta supervisada por oficiales belgas y fuerzas del ejército congoleño a las órdenes del coronel Mobutu lo torturaron y asesinaron a tiros¹⁰. Mobutu subió al poder tras un interregno violento; gobernó durante más de treinta años, construyendo la nación a costa del saqueo de su gente.

El nombre de Lumumba se unió a la larga lista de muertos que resonaría en todo el continente: Félix-Roland Moumié, Louis Rwagasore, Mehdi Ben Barka, Eduardo Mondlane, Amílcar Cabral, Steve Biko, Thomas Sankara, Ken Saro-Wiwa. Otras, como la activista política Andrée Blouin, destacada miembro del gobierno de Lumumba, y la escritora Léonie Abo, participante en la Rebelión de Simba (1963-1965) y esposa de Pierre Mulele (torturado hasta la muerte por Mobutu), se vieron obligadas a huir del país. Las potencias occidentales y sus gobiernos títeres mostraron formas notablemente constantes de eliminar a los combatientes de la resistencia.

Hay un lugar entre dos arboledas en el que la hierba crece monte arriba
y la vieja senda revolucionaria se pierde entre las sombras,
cerca de una casa de reunión abandonada por los perseguidos
que desaparecieron en esas sombras.

El fantasma de Lumumba se cierne sobre *Los condenados de la tierra*, que Fanon escribió tras el asesinato de su camarada. Para Fanon, el mundo producido por el imperialismo —«mundo dividido en compartimientos, maniqueo, inmóvil»— era «un mundo de estatuas»: «La estatua del general que ha hecho la conquista, la estatua del ingeniero que ha construido el puente. Mundo seguro de sí, que aplasta con sus piedras las espaldas desolladas por el látigo».

⁹ Dag Hammarskjöld intentó finalmente intervenir y fue asesinado en un misterioso accidente de aviación cuando se dirigía a mediar en las negociaciones del alto el fuego en septiembre de 1961.

¹⁰ Véase Ludo De Witte, *El asesinato de Lumumba*, Barcelona, 2002; la edición en inglés, *The Assassination of Lumumba*, Londres y Nueva York, 2001, fue reseñada por Linda Melvern en «Acabar con Lumumba», *NLR* 11, noviembre-diciembre de 2001.

«El colono hace la historia», observó Fanon. «Se refiere constantemente a la historia de su metrópoli, de la que [...] es una prolongación»¹¹. Pero a medida que el colono escribe la historia de su nación, elimina la historia del país que saquea. Chinua Achebe captó este patrón en el cáustico final de *Todo se desmorona*, donde el comisario de distrito proyecta su propio relato en los pensamientos, las palabras y los rituales de los igbos: «Tras mucho meditar, ya había escogido el título del libro: *La pacificación de las tribus primitivas del bajo Níger*». Los belgas catalogaron las piedras, las aves y las mariposas del Congo, y clasificaron la población por categorías étnicas, como un tendero haciendo un inventario de sus existencias, insensible a otras formas de conocimiento¹². Un grupo de surrealistas franceses denunció la Exposición Colonial de París de 1931 por promover entre «los ciudadanos de la metrópoli la conciencia de los propietarios de modo que puedan oír sin pestañear el eco de los disparos distantes»¹³. La objetivación va erróneamente unida a la objetividad; el «hecho colonial» se convierte en *un fait acquis*, una verdad aceptada, que conforma la opinión internacional.

La estatua afirma este discurso de dominación, plantando una reivindicación como una bandera sobre la plaza. Los monumentos que residen en nuestras calles son un modo singularmente occidental y patriarcal de conmemorar: el triunfo histórico se convierte en piedra, los acontecimientos se congelan en una jerarquía de formas. Los relatos históricos que exaltan la monarquía o el imperio como una expresión de la identidad nacional entierran divisorias lingüísticas y fracturas sociales bajo recuerdos nostálgicos de la grandeza ilusoria. «Proporcionar un contexto» con una plaquita, como proponen algunos, refuerza la falsa ilusión de que la colonización es un fenómeno pasado, confinado de manera segura a una nota a pie de página.

Este concepto rígido de la historia y el patrimonio nacional modela desde hace tiempo el contenido y las formas del conocimiento prevalecientes en la investigación y la educación belgas. Durante décadas, los expertos han desenterrado el legado de Leopoldo II y los aspectos más oscuros del dominio colonial, pero la reacción ha sido feroz. Cuando Daniël Vengroenweghe publicó su libro condenatorio, *Rood rubber: Leopold II en*

¹¹ Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, 2004, p. 15; ed. cast.: *Los condenados de la tierra*, Ciudad de México, 1963, p. 30.

¹² Colette Brackman, «Jean Omasombo: “Je l'affirme, en 1960, le Congo a été assassiné. Il n'y avait plus rien”», *Le Soir*, 21 de junio de 2020.

¹³ Louis Aragon *et al.*, *Ne visitez pas l'Exposition Coloniale*, París, 1931.

zijn Kongo, en 1985, miembros destacados del *establishment* económico solicitaron al Ministerio de Educación que investigara su «conducta». Jules Marchal, antiguo administrador colonial, se sintió obligado a publicar sus resultados bajo pseudónimo. Los archivos del Estado Libre del Congo fueron, como es bien sabido, quemados por Leopoldo y el acceso a los del periodo colonial estuvo durante mucho tiempo sometido a grandes restricciones.

Hoy en día, los niños belgas siguen aprendiendo que Leopoldo II fue «el rey constructor». Los adolescentes estudian la dinastía carolingia y leen con atención las «*Très riches heures du duc de Berry*», pero a menudo terminan la enseñanza sin alcanzar un conocimiento pasable de los crímenes egregios cometidos en el Congo. Esto no supone una condena para los profesores, en contra de la tendencia dominante a eludir la responsabilidad colectiva asignando una culpa individual. La enseñanza de la historia colonial debería convertirse en prioridad política, estimulando la revisión de los programas y la difusión de las herramientas pedagógicas.

Ruinas verdes

Los debates públicos son importantes y las iniciativas anunciadas el verano pasado en el Parlamento de la Región de Bruselas y en la Cámara belga tal vez tengan resultados significativos. Pero el debate comenzó hace años, antes de que los poderosos se inclinaran a escuchar y, por supuesto, antes de que estuvieran dispuestos a responder. Asociaciones como BAMKO-CRAN, Bruxelles Panthères y Collectif Mémoire Coloniale en Lutte contre les Discriminations han protestado contra la presencia de iconografía colonial en los espacios públicos, así como contra la discriminación sistémica en ámbitos tales como la vigilancia policial, la vivienda y el empleo. Algunas de estas demandas fueron parcialmente escuchadas; de la mayoría se ha hecho caso omiso.

Los activistas han fomentado también el debate a través de la creación artística, reconociendo el aspecto retórico de las estatuas, pero viéndolas como espacios de *performance* e interacción. El arte entendido como resistencia adopta a menudo el lenguaje dominante para alterar su gramática. Por ejemplo, el jazz absorbe y retuerce las convenciones musicales mediante la síncopa y la improvisación. En *Petit pays*, Gaël Faye recuerda el exilio de su país y la niñez, sus «sensaciones sin repatriación», en una crítica feroz que funde ritmos y lenguas. Su visceral

conciencia de la violencia, nacida en la experiencia íntima de los genocidios de Burundi y Ruanda, reverbera a través de las rimas y los ritmos. Y Baloji le da la vuelta a la ridícula expresión de «Nada de esto nos devolverá el Congo» para cantar: «*Ça ne vous rendra pas le Congo*» [Eso no os devolverá el Congo].

De igual modo, los relatos dominantes han sido alterados por intervenciones visuales. La pintura de color rojo sangre que aparece con regularidad en las estatuas de Leopoldo y sus generales es muy anterior a las protestas del pasado junio. En 2004, unos manifestantes serraron en Ostende la mano de un congoleño en un monumento que lleva las palabras: «En agradecimiento de los congoleños a Leopoldo II por haberlos liberado de la esclavitud de los árabes». El gobierno municipal decidió no reponerla. En enero de 2018, un busto del rey desapareció del Parque de Duden. La Association de Citoyenne pour un Espace Publique Décolonial (ACED) reivindicó la autoría del «secuestro». Dos días después, en el pedestal apareció un nuevo Leopoldo, esta vez la imponente figura de piedra había sido sustituida por una réplica de alpiste. El gesto tuvo una cualidad espeluznante: todo ese poder adamantino transformado en un retorno efímero a la naturaleza.

El año anterior, un grupo de estudiantes de Bruselas diseñó alternativas al monumento de la Place du Trône. Una de las propuestas plantea rodear la estatua con una mezcla de plantas venenosas y medicinales que al crecer harían desaparecer al rey. El proyecto invierte las meditaciones de Derek Walcott sobre el legado colonial de crueldad racial en el Caribe, marcado por «una ausencia de ruinas». En «The Royal Palms», en lugar de «palacios heroicos / Alojados en enredaderas de color verde mar» están los cadáveres enterrados de los pueblos indígenas y los esclavos, dislocados de las orillas de sus ancestros, un exilio forzado en el lugar y en el tiempo. Walcott escribe lo siguiente:

Si el arte está donde permanecen las mayores ruinas,
 Nuestro arte está en esas ruinas en las que nos convertimos,
 No hallarás en estos verdes lugares desérticos
 Una piedra que nos encontrara dignos de su nombre¹⁴.

Dejar que la estatua de Leopoldo se cubra de plantas tiene un aspecto arqueológico además de botánico; concuerda con el «Perdón» pintado en el pecho del rey el pasado junio. Esas prácticas artísticas remedian

¹⁴ Derek Walcott, «The Royal Palms», *London Magazine*, febrero de 1962.

nuestra relación con la historia –entretejida con la memoria colectiva– mediante un cuestionamiento del significado en otro tiempo conferido al espacio y una propuesta de valores para el futuro. La creación cultural es acción política, forjar lugares en los que las personas se reúnen para reimaginar la ciudad en la que podríamos habitar juntos.

Handsworth Songs termina con un encantamiento misterioso:

Estos son para aquellos con quienes la historia no ha sido amable
Para aquellos que han conocido las crueldades del devenir político
Que atestigüen los ideales que con el tiempo nacerán en la esperanza
En el tiempo, que atestigüen el proceso por el cual los vivos
Transforman a los muertos en aliados de la lucha.

Las protestas de Bruselas honraron estos relatos personales y colectivos de violencia y resistencia. Muchos han tachado estos actos de solidaridad de meras expresiones de ira trasatlántica. En el discurso europeo, la propensión a vilipendiar la violencia racista en el extranjero y, al mismo tiempo, no verla ni abordarla en su interior, ha adoptado la forma de una extraña y distorsionada imagen especular del excepcionalismo estadounidense. Pero también en Europa los grupos étnicos y religiosos están marginados y excluidos. Las narrativas xenófobas de la ultraderecha se infiltran en nuestra retórica política. El Mediterráneo se traga a los refugiados que huyen de la guerra y del desierto creciente, mientras Frontex se queda mirando, o los empuja hacia atrás. Resonando desde la Place du Trône hasta los edificios descomunales de la Unión Europea, los versos de Rich nos recuerdan que este no es otro lugar, sino el aquí, con sus propias formas de hacer desaparecer a las personas. Es posible que pronto ya no esté la estatua, pero la protesta debe continuar.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



Marxismo negro

La formación de la
tradición radical
negra

Cedric J. Robinson

Colección: Prácticas constituyentes 25

PVP: 28 €

Este ambicioso trabajo de C. J. Robinson constituye un monumental esfuerzo por comprender la historia de la resistencia del pueblo negro desde una perspectiva que se separa de las categorías de pensamiento de la tradición occidental, incluido el marxismo. Los análisis marxistas han tendido a presu-poner los modelos históricos y de pensamiento europeos, lo que minimiza la relevancia de las comunidades negras como agentes de cambio y resistencia. *Marxismo negro* sienta las bases para la recuperación de una tradición radical negra que, si bien en continuo diálogo con otras corrientes, se desarrolla de forma autónoma respecto del radicalismo occidental.

Con el fin de ilustrar este argumento, Robinson recorre la historia de Europa desde sus mismos orígenes en la Edad Media. Muestra cómo ciertas categorías raciales están insertas en sus formas culturales y políticas, y cómo estas se amplían y desarrollan a partir de la formación del capitalismo histórico y la expansión europea en el Nuevo Mundo. El capitalismo aparece así, desde el principio, como una formación social profundamente racista, todo lo cual impregna la tradición intelectual europea. A pesar de sus notables esfuerzos en pro de la emancipación universal, el marxismo no logró escapar de esos modos de pensamiento. En este sentido, la reconstrucción de las luchas de resistencia de los negros, desde los palenques y las comunidades de cimarrones hasta la Revolución haitiana y la emancipación estadounidense, apunta a la recuperación de una tradición radical propiamente negra. Es esta tradición lo que acabaron por redescubrir y formalizar grandes figuras intelectuales negras, como W. E. B. du Bois, C. L. R. James y Richard Wright, a las que Robinson dedica también un detallado estudio.